

LIBROS

66

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2021

Daniela Tarazona

ISLA PARTIDA

Laura Baeza

NIEBLA ARDIENTE

Leonardo Valencia

EL SÍNDROME DE FALCÓN.
LITERATURA INASIBLE Y
NACIONALISMOS

Manuel Arias Maldonado

ABECEDARIO DEMOCRÁTICO

LIBRO DEL MES

Jesús Silva-Herzog Márquez

LA CASA DE LA CONTRADICCIÓN



NOVELA

Un Yo que son muchos



Daniela Tarazona
ISLA PARTIDA
Oaxaca, Almadía,
2021, 136 pp.

*El Cerebro - es más ancho que el cielo -
porque - colocados juntos -
el uno contendrá al otro
con facilidad - y a Ti - además -
el Cerebro es más profundo que el mar -
porque - sostenidos - Azul contra Azul -
el uno absorberá al otro*
Emily Dickinson, *Crónica de plata*
(trad. de Manuel Villar Raso).

ANA GARCÍA BERGUA

“Cuando vayas, quítate la cabeza al llegar.” Esta frase, dicha por la abuela de la protagonista refiriéndose a la India, se podría utilizar como aviso a los lectores de *Isla partida*, la más reciente novela de Daniela Tarazona y la más audaz de las suyas. Desde *El animal sobre*

la piedra y *El beso de la liebre*, sus dos libros anteriores, sabemos que sus historias se relacionan con el cuerpo y la animalidad. En ese sentido *Isla partida* no es la excepción, pues indaga en el tema del cerebro, sus percepciones y las huellas de sus alteraciones en el plano de la identidad. Escrita a partir de una difícil experiencia personal, aunque más allá de ella, la novela dispone, por decirlo así, los elementos de la memoria, la alucinación y la realidad en un tejido unitario a partir de su dispersión. *Isla partida* se hermanaría en cierto modo con la autoficción, pero lo notable es que el resultado conforma a su vez un cuadro de otra naturaleza.

La protagonista de *Isla partida* vive un desdoblamiento que se traduce narrativamente en dos voces, Tú y Ella, las cuales desde luego son la misma pero viven pulsiones opuestas. Desde el principio sabemos que Ella es la mujer que ha decidido viajar a una isla para morir. El personaje que se narra en segunda persona es otra mujer, un tú que es en realidad un yo que trata de evocar su vida y quizá reconstruirse. En sus recuerdos pervive especialmente y de manera entrañable su abuela Olga —amiga de la poeta costarricense Eunice Odio, presente en aquella reunión en la que estuvo Lee Harvey Oswald antes del asesinato de Kennedy—, una abuela que siguió a su maestro del Centro Yoga a la India y se puso a dar saltos en la piragua en la que surcaba la familia el río Orinoco. Es muy notable la viveza de las escenas en la casa de la abuela donde hay un retablo de las maravillas en las que figuran muñecos y piedras, las que representan viajes familiares y momentos de infancia con los primos; estas escenas poseen una fuerza y un

brillo particular. También estará presente el duelo por la muerte de Olga y, asimismo, a la par del correr de la memoria y el avance de las alucinaciones, la agonía y muerte de la madre. Así, la tristeza y la locura del Tú se entremezclan con esta Ella que partirá a morir a la isla de su cerebro, donde en la frente le brotará una flor, igual que le sucede a Oswald en aquella reunión con las escritoras, donde también le nacen unos hermosos cuernos. ¿Es la locura una flor?

Los recuerdos se dispersan. La imagen es: una gota de aceite cayendo en el agua. No puedes recoger lo que sucedió dentro de ti, los impulsos y la angustia fueron tan primitivos que reniegan del lenguaje, giran, huyen, se convierten en burbujas irrompibles, blindadas como si fueran de acero.

En general, cuando tratamos de contar lo que fantaseamos, intentamos darle un orden, un sentido, una progresión, incluso al escribir echando mano del célebre flujo de conciencia. Daniela Tarazona nunca ha sido una autora proclive a la linealidad; en sus libros anteriores hemos podido ver cómo las escenas y las imágenes hablan por sí solas, mantienen su propia duración; así, en *Isla partida* la estructura imita un poco a la de la locura, aquellas experiencias cuya naturaleza se escapa y a su vez son de alguna manera consistentes. El inquietante resultado será un tapiz o un retablo donde las historias y los seres permanecen estáticos, pero su presencia constante les da un movimiento y una dirección perennes. Es una narrativa sin transcurso, un presente perpetuo y circular, casi fotográfico: voces que no se

escuchan pero que se imponen como pensamientos.

Cuando el desdoblamiento sucedió la primera vez, no hubo voces. Nunca ha habido voces, solo pensamientos sumados de manera veloz, uno casi encima de otro. Tampoco tiene fauces; el horror es insoportable porque carece de boca.

Isla partida nos recuerda la fragilidad de aquella construcción bastante ficticia que nos sostiene, aquel Yo que en realidad son muchos y no es nadie, y que al desequilibrarse o recibir fuertes descargas eléctricas irregulares se puede disgregar, pero no es, por decirlo así, un simple testimonio: lo impactante es cómo la autora traduce eso en literatura, en imágenes fuertes y escenas intrigantes donde la claridad del estilo alcanza una gran hondura. Más cerca de Lispector, Elizondo y Robbe-Grillet, así como de la poesía como concreción y reflejo de la disolución del mundo, nos atrapa en su misterio sin dejarnos salir. No sé cómo expresar la peculiaridad de este libro, un libro bello, terrorífico y abismal.

¿Cómo se vive sin creer en nada? A veces, cedes ante la luz. Eres susceptible a la belleza. La luz del sol es un ejemplo. Luego pierdes esa capacidad. A cambio, miras alrededor para comprobar que la percepción engaña: ningún suceso tiene importancia. Construimos ilusiones para resistir. Bajamos la cabeza para que venga otro y nos la corte. —

ANA GARCÍA BERGUA es narradora y ensayista. *Leer en los aviones* (Era, 2021) es su libro más reciente.

NOVELA

La hermana perdida



Laura Baeza
NIEBLA ARDIENTE
Ciudad de México,
Alfaguara, 2021,
256 pp.

KARLA SÁNCHEZ

Niebla ardiente, la primera novela de Laura Baeza (Campeche, 1988), cuenta la historia de Esther, una joven mexicana que huye a Barcelona para escapar de su pasado. Cuando Irene, su hermana menor, fue diagnosticada con esquizofrenia infantil, las rutinas de la familia cambiaron drásticamente. El posterior divorcio de sus padres y la mudanza de un pueblo veracruzano famoso por su neblina a la siempre caótica Ciudad de México tampoco contribuyeron a que las niñas obtuvieran la tranquilidad que deseaban. Con periodos de relativa calma y crisis que cada vez eran más agresivas, antes de cumplir veintiún años la familia decidió internar a Irene en una clínica para personas con enfermedades mentales y problemas de adicciones. Tras unos meses, Irene escapó y al poco tiempo su cuerpo fue hallado en una fosa clandestina junto con los restos de otras siete mujeres que habían sido víctimas de trata. La fiscalía solo entregó las cenizas y no permitió que la familia reconociera el cuerpo bajo el pretexto de que no había quedado nada. Este episodio provocó que Esther quisiera poner un océano de distancia con su familia. Sin embargo, durante la primera noche del año 2013 un video sobre disturbios

ejidatarios en Hidalgo hizo que volviera a sentir interés. El rostro de su hermana, quien llevaba una década muerta, destacaba entre las mujeres que cargaban niños y hombres con pasamontañas que sostenían machetes.

La posible aparición de Irene abre una herida que Esther había intentado ignorar por diez años. ¿Seguía viva su hermana? ¿Qué fue lo que realmente le pasó? ¿Dónde estaba? Con un ritmo equiparable al de los libros de Raymond Chandler, Baeza urde el misterio en torno a Irene sin descuidar los infiernos internos que padecen los personajes.

A diferencia de la novela negra convencional, el encargado de resolver el misterio de la desaparición y muerte de Irene es un periodista veracruzano que comparte con Esther el exilio voluntario. Octavio Ayala era un reportero de nota roja que por indagar de más fue amenazado por una organización criminal. Para mantener a sus hijas y exmujer seguras, dejó de investigar crímenes y abandonó Veracruz. Su nuevo trabajo como corrector de estilo en un diario deportivo mexicano se le aseguraba un ingreso y protección, sin tener que abandonar del todo la profesión. Gracias a Bernardo Figari, el novio argentino de Esther, Octavio conoce el caso de Irene. La manera en que las autoridades dieron carpetazo al asunto lo impulsó a retomar sus viejos hábitos de sabueso.

Mientras Esther trata de encontrar pistas entre los viejos diarios de su hermana en su piso catalán, Octavio revisa el expediente que obtuvo gracias a sus contactos en la fiscalía y visita la clínica de Santa Fátima, el último lugar donde fue vista con vida Irene. En-

tre sus pesquisas se revela la identidad de la octava mujer que fue hallada en la fosa. Sin embargo, su búsqueda no concluye ahí. La esperanza de que Irene siga viva lleva a Octavio a un ejido en Hidalgo.

Contrario a lo que su madre y hermana pensaban, Irene era una mujer con deseos. Disfrutaba bailar y soñaba con ser maestra y madre. Esta revelación provocó escalofríos en su hermana, quien hizo todo lo posible por separarla de Ignacio, aquel compañero de la preparatoria abierta del que se enamoró. Como más tarde descubrirá Esther, el anhelo de libertad y de vivir una vida sin tener que depender de nadie fue lo que motivó a Irene a huir de la clínica y reencontrarse con Ignacio. Al final, su hermana y ella no eran tan diferentes como Esther pensaba.

La habilidad narrativa de la autora, que ya había quedado manifiesta en sus libros de cuentos *Ensayo de orquesta* (2017) y *Época de cerezos* (2019), alcanza un mayor nivel de complejidad en esta novela, gracias a su juego polifónico de narradores y saltos temporales. Por un lado hay un narrador omnisciente en tercera persona que —de manera objetiva, pero sin frialdad— le revela al lector lo que Esther y el resto de los personajes hacen y descubren: “Octavio Ayala creía haberse acostumbrado a la tragedia, tener el cuero curtido por todo lo que vio durante sus años en Veracruz metiendo las narices en lo más perturbador de la nota roja, pero todavía le causaba malestar el sadismo.” Y, por el otro, la propia Esther cuenta en primera persona los episodios más íntimos de su relación con su hermana, en los que admite la culpa por no saber cómo tratarla: “siempre que

recuerdo mis años con Irene y el odio que empecé a sentir hacia ella desde niñas, me doy cuenta de que quien la ahogaba era yo, que yo me convertí en la ola que la arrastraba y no le permitía tomar aire. Yo era esa ola que después me tumbaba a mí misma”. Aunque la novela avanza del misterio a su solución, los hechos no se narran de manera cronológica, sino que brincan entre la década de los noventa y los años 2003 y 2013.

Niebla ardiente ofrece una respuesta a cómo escribir sobre la violenta realidad mexicana contra las mujeres y hablar de asesinatos y desapariciones sin caer en la trampa del relato amarillista. No presenta a sus protagonistas como víctimas de un monstruo sin rostro y evita el sensacionalismo de la epidemia feminicida. Si bien la delincuencia organizada está en el centro de la novela y une a los diferentes personajes, Baeza no se limita a urdir una trama criminal sino que construye una historia nostálgica sobre las diversas maneras en que las personas se enfrentan a las pérdidas. La violencia —nos dice la autora— no se encuentra solo en el exterior, sino en lo más íntimo de los personajes. Además, sin caer en el tono moralista, expone las fallas de un sistema de justicia que prefiere cerrar carpetas de investigación que buscar la identidad de las víctimas y destaca el papel que tienen los periodistas, las familias y los miembros de la sociedad civil en la búsqueda de la verdad.

Los años de investigación y correcciones que le tomaron a Baeza darle forma a *Niebla ardiente* son perceptibles. No deja cabos sueltos, desarrolla personajes verosímiles y, sobre todo, evita un final predecible con un giro de tuerca que, por respeto al lector, no revelaré

en estas líneas. Tras una década de preguntas sin respuesta y culpa, Esther no encuentra la redención como esperaba. Al final la frase “hay lazos que no se rompen” esconde más complejidades de lo que parece a primera vista. —

KARLA SÁNCHEZ estudió literatura latinoamericana en la Universidad Iberoamericana y es secretaria de redacción de *Letras Libres*.

CRÍTICA

La búsqueda incesante de la impureza



Leonardo Valencia
EL SÍNDROME DE FALCÓN.
LITERATURA INASIBLE
Y NACIONALISMOS
Quito, Pontificia
Universidad Católica del
Ecuador, 2019, 480 pp.

FÉLIX TERRONES

El siglo XXI comenzó para la literatura latinoamericana bajo un signo doble y, hasta cierto punto, paradójico. Por un lado, cansadas de la inflación noventera de autores españoles, las grandes editoriales comenzaron a interesarse de nuevo en lo que ocurría de este lado. Así, sellos como Alfaguara desembarcaron con el proyecto de reunir las diversas voces latinoamericanas alrededor de un proyecto de gran escala. Sin embargo, no contaban con la reacción de autores como Alberto Fuguet y Jorge Volpi, quienes se opusieron a cierta forma consagrada de “ficción latinoamericana”, que ellos consideraron alienante para el lector y el escritor. Desde luego, el chileno y el mexicano publicaron y siguen haciéndolo con transnacionales, pero lo hicieron con la voluntad de

vehicular una imagen de América Latina más urbana, conectada con el resto del globo, en la que se privilegiaban los espacios de tránsito como aeropuertos, *malls* y tantos otros. También formularon una literatura sin señas de identidad, ficciones que muy bien podían pasar por novelas estadounidenses, francesas o alemanas, lo que fuera.

Desde luego, otros autores latinoamericanos se sirvieron de la crónica o el artículo periodístico, cuando no del ensayo, para dar forma a sus inquietudes. El hecho de que escogieran el ensayo no deja de ser sintomático. Ya lo dijo el peruano José Miguel Oviedo en su *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (1990): desde la emergencia de las repúblicas latinoamericanas, el ensayo sirvió para indagar y cuestionar las identidades, sean estas nacionales o continentales. Uno de los avatares más recientes y mejor logrados, sin dejar de plantear polémica, es *El síndrome de Falcón* de Leonardo Valencia. Desde que fuera publicado originalmente (2008), ha sido reeditado y enriquecido o reformulado, pese a que en el fondo siga conservando el aliento crítico de sus inicios. El libro está formado por textos heterogéneos que aparecieron bajo condiciones y en momentos distintos de la vida de Valencia, un autor ecuatoriano e italiano que ha vivido en España, Perú y otros países. Dichos textos están repartidos en tres grandes acápites: “Sobre autores”, “Sobre literatura ecuatoriana” y “Sobre la escritura”, lo cual manifiesta la diversidad de inquietudes que guían la reflexión del escritor. No obstante, llama la atención la coherencia secreta que reúne el conjunto de ensayos, una coherencia que es el resultado tanto de la subjetividad detrás —la

de Valencia—, como de interrogantes que evolucionan y se problematizan con el paso de las páginas y secciones, generando resonancias que no por secretas dejan de ser elocuentes.

Al igual que varios autores de su generación, Leonardo Valencia también declara la guerra a cierta forma de representación latinoamericana, canonizada y ya vetusta. En el ensayo titulado “El tiempo de los inasibles”, por ejemplo, escribe que “las editoriales siguen buscando novelas representativamente latinoamericanas y catapultan con premios a autores que, por su nacionalidad, cumplen esa condición”. De todos los escritores latinoamericanos que les son más o menos contemporáneos, me parece que el colombiano Juan Gabriel Vásquez es quien más sintoniza con sus ideas. A diferencia de los autores en la órbita de MacOndo y el Crack, Juan Gabriel Vásquez no



propone una ruptura con la tradición sino más bien una continuidad (si por esta se entiende una relectura de los clásicos). Así, no se trata de evacuar el “realismo mágico” sino de entender verdaderamente la originalidad de la obra macondiana, lamentablemente secuestrada por una crítica obtusa por nacionalista y, en consecuencia, folclórica. En la misma línea, Valencia propone una relectura de los clásicos nacionales que da un paso más allá en la medida en que reconfigura el canon en función de criterios estéticos antes que ideológicos: Jorge Icaza, legendario patriarca de las letras ecuatorianas, deja su lugar a escritores como Alfredo Gangotena o Javier Vásquez, autores que no se pueden encasillar, bajo riesgo de desnaturalizar lo audaz de sus propuestas y su voluntad por escapar de categorías nacionales.

Lo latinoamericano por un lado y lo nacional por el otro. ¿Se trata de dos caras de la misma moneda; o, más bien, de dos líneas condenadas a avanzar de forma paralela? En este aspecto, Valencia también muestra una postura singular, que a la vez hace eco a ciertos autores como Fernando Iwasaki, Roberto Bolaño, Horacio Castellanos Moya o el mismo Juan Gabriel Vásquez. Nacido en un país que considera como un excéntrico en el espacio literario latinoamericano, Leonardo Valencia apuesta por una literatura que no busque formular una condición nacional, sino que apunte a una extraterritorialidad lingüística y literaria. George Steiner, ensayista que dio forma a dicho concepto, daba como casos de extraterritorialidad a Vladimir Nabokov, Samuel Beckett y Jorge Luis Borges. Leonardo Valencia

recuerda a latinoamericanos como César Aira, Julio Cortázar, Julio Ramón Ribeyro, Mario Vargas Llosa, Lupe Rumazo y muchos otros. Todos son escritores que, de un modo o de otro, han contribuido a crear un espacio donde no es necesario contar con un pasaporte, un lugar en el que subvierten las jerarquías, un territorio de imaginación sin fronteras, aunque con un horizonte infinito. Para Valencia esos autores forman parte de “la tribu errante”; en otras palabras, se integran a ese grupo de escritores que, desde el exilio, la migración, sea como se llame la trashumancia, están dispuestos a desmentir las cartografías existentes. De esta manera, plantean una diferencia ligera pero sustancial a la hora de definirse como escritores. Ellos no son peruanos, argentinos, cubanos, ni latinoamericanos por su nacimiento, ni siquiera por sus temas, sino más bien por la manera en que cuestionan y enriquecen una tradición lingüística.

En este sentido, ocurriría algo particular con los escritores latinoamericanos ya que para Leonardo Valencia el idioma español, más que ninguna otra lengua, poseería la cualidad de atravesar fronteras, sortear aduanas, y esto por más muros que haya de por medio. En consecuencia, el autor ecuatoriano concibe el lenguaje antes como un puente que como una trinchera. Un puente que vincula a los diversos países latinoamericanos entre sí y con España, reactivando la historia del idioma y a la vez generando un espacio poroso de circulación e intercambios. Para Valencia, por lo demás, concebir y practicar de esta manera la literatura sería un ejercicio que cuestionaría una idea centrali-

zadora de lo literario. El escritor posicionado desde y en el idioma, antes que en la fatalidad de una pertenencia nacional, no escribiría desde una periferia, ni con el deseo de ser reconocido por un centro, sino más bien desde un margen y siempre en contacto con otros márgenes. Esta dinámica estaría determinada por la búsqueda incesante de la impureza, si por impureza entendemos la mezcla de géneros, la inversión de jerarquías, el cuestionamiento de las tradiciones, el uso de un idioma concebido como un desafío antes que como un patrimonio. En suma, la literatura.

¿La extraterritorialidad que los escritores latinoamericanos reivindicaron a comienzos de siglo sigue vigente en este 2021? La respuesta no es sencilla, ahora que el repliegue nacionalista de muchos países impone nuevas fronteras, cada cual más original y siniestra que la precedente. Basta el ejemplo de las redes sociales, esa compleja sensación de libertad que ofrecen, mezcla de vigilancia sistemática y control sutil. Muchos podrían pensar que el escritor que esquivaba aduanas, trasciende espacios, se ha convertido en una antigua, un vestigio de un periodo en el cual se concebía con demasiada inocencia el rol de la globalización. Quizá se equivoquen, en la medida en que precisamente esa contraparte perniciosa de la globalización exigiría ahora más que nunca al autor apostar por una literatura que desde su concepción extraterritorial hasta su hibridez formal aspire a mostrar, que no a denunciar, las arbitrariedades de nuestro tiempo. Ese es un aspecto al cual apunta más la actividad como creador de Valencia que su reflexión como ensayista. Pienso

en novelas como *El libro flotante de Caytran Dölpin* (2006) cuya redacción se efectuó en paralelo con una bitácora electrónica en la que el lector/navegante podía participar desde donde se encontrara en el proceso de escritura.

En el caso de Valencia, se puede afirmar lo que él mismo comenta en uno de sus ensayos con respecto de Mario Vargas Llosa: “la reflexión ensayística sobre la escritura ha pasado a formar parte importante, si es que no lo ha estado siempre, del trabajo del escritor”. En el ecuatoriano, lo mismo que en el peruano, no se puede disociar creación y reflexión, ambas forman parte del mismo proceso. Un proceso que para Valencia significa apostar por el cosmopolitismo en un periodo como el actual, marcado por una globalización que homogeneiza sin dejar espacio para la diversidad. En un contexto semejante, el autor procura el diálogo crítico con los clásicos nacionales y latinoamericanos, así como la fundación de una nueva vertiente en la que los literatos no deban obedecer a imperativos identitarios que los obliguen a cargar el pasado, tal y como ocurrió con el Falcón del título. Leonardo Valencia es un lector que lee a partir de la pasión, desde luego, pero también que interroga y no duda en corregir. El resultado es una invitación a la reflexión y, por supuesto, al debate acerca del ejercicio literario en nuestro tiempo, un tiempo de derrumbes de fronteras y nacionalismos, también de territorios y utopías quizá cada vez más inaccesibles. —

FÉLIX TERRONES (Lima, 1980) es docente de literatura latinoamericana en el Instituto de Lengua y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Berna.

ENSAYO

Una sabia decepción: el abecé del ciudadano



Manuel Arias Maldonado
ABECEDARIO DEMOCRÁTICO
Madrid, Turner, 2021,
288 pp.

ISMAEL GRASA

El profesor Manuel Arias Maldonado viene publicando libros sobre los males y peligros por los que pasan nuestras democracias liberales. Este liberalismo democrático es un ideal sobre el que no deja de reflexionar, y, a su modo, de defender, y digo “a su modo” porque no se trata de una defensa preconcebida, como se ve en este *Abecedario democrático*, sino un ir buscando lo menos malo, aquello que funciona, basándonos en los hechos y en la historia. Sus libros están llenos de referencias a filósofos que pensaron sobre lo político, pero antes que un filósofo Arias Maldonado es un pensador político, atento a los medios de comunicación, y alguien que siente una vocación por lo público, proyectada a través de sus escritos. Cuando vi su nuevo libro me vino a la mente el precedente del *Diccionario del ciudadano sin miedo a saber*, de Fernando Savater, publicado justo antes de la crisis de 2008 y cuando el terrorismo etarra todavía estaba activo. Arias Maldonado, junto con autores como Félix Ovejero, José Luis Pardo o el propio Savater, forma parte del grupo de profesores universitarios ocupados en la divulgación de muchos de nuestros valores democráticos.

Uno de los temas recurrentes de Arias Maldonado es la defensa de la pluralidad. Su obra *Nostalgia del soberano*, donde trata sobre los peligros de esperar demasiado de la política —cuando pretendemos que la política, en lugar de limitarse a solucionar problemas, resuelva nuestra vida o le dé sentido—, decía en su último párrafo: “No se trata de poner el énfasis en el célebre *e pluribus unum* que sirve de lema a la democracia norteamericana: ‘de muchos, uno’. Hay que darle la vuelta a la fórmula, para fijarnos en el *ex uno plures* que constituye su reverso: ‘de uno, muchos’.” Este asunto recorre también su *Abecedario democrático*. Esta obra, en todo caso, es una síntesis de lo que Arias Maldonado es capaz de explicar sobre nuestras democracias liberales a un lector común. En veintisiete voces, que se corresponden con las letras de nuestro abecedario, resume cuál es el debate sobre cada una de las cuestiones, de la a de “autonomía” a la zeta de “zelote”, que es el término que usa (quizá porque no tenía muchas opciones para la zeta) como sinónimo de fanático o dogmático. De algún modo, el autor parece renunciar a la brillantez o a la originalidad para centrarse en lo sustancial, en explicar cuáles son los términos en que la discusión se lleva a cabo hoy en día. Arias Maldonado ha hecho una gran pedagogía. No diré que el libro es gris, porque la prosa en que está escrito es amena y se lee muy bien, pero es como si a propósito hubiese buscado esa tonalidad, esa ausencia de sobresaltos y esa madurez, que, en el fondo, casa muy bien con lo que parece proponer la obra: la política es necesariamente gris, no debe aspirar a despertar el entusiasmo, sino a que los entusiasmos, los de cada

uno, puedan tener lugar dentro de ella y de su entramado legal. “Hay que tener en cuenta que la vida democrática es conflictiva, insatisfactoria, decepcionante; nuestras expectativas rara vez se verán satisfechas”, dice en un momento.

La estructura de cada capítulo suele consistir en mostrar las diferentes posturas que existen sobre el asunto, ya sea el feminismo, el medio ambiente o el voto, para llegar al final a una toma de partido motivada por la experiencia con que contamos o la incompatibilidad del resto de las alternativas con las libertades individuales. Esas tomas de partido tienen un tono moderado, pero el libro en su conjunto no tiene nada de moderado, en cuanto a la defensa de la libertad individual. Insisto en que es una extraordinaria síntesis sobre dónde se encuentra el debate sobre lo público. Su mérito no es aportar algo más o menos novedoso, como podría haber hecho el autor en otras obras, de modo que quienes están habituados a tratar sobre estas cuestiones no van a dar probablemente con ningún descubrimiento. El mérito del esfuerzo de escribir este libro es, insisto, su carácter luminosamente sintético. Al fin y al cabo la democracia se basa en la idea de una ciudadanía medianamente formada y que participa en la discusión pública, con lo que una obra

así es algo perfectamente coherente y lleno de sentido.

Dice el autor en la introducción: “Este abecedario quiere ser una modesta contribución a la defensa—o fortalecimiento— de la democracia liberal. Parto de la premisa de que esta última es preferible a sus alternativas; y lo mismo vale para la sociedad liberal que se asocia a ella.” La primera voz es “Autonomía”, donde hace una llamada a que nuestras vidas sean lo más plenas (menos heterónomas) posibles, y donde trata también de la necesidad de unas condiciones de vida y laborales aceptables —esta idea, la de que debe haber cierto amparo y cobertura social por parte del Estado, se repite a menudo, aunque el autor no se sirva del término “socialdemocracia”—. En “Bien común” busca un punto medio entre el comunitarismo y quienes, como los libertarios, solo atienden al interés privado. En “Globalización”, sin apartarse nunca de cierto pragmatismo, apunta kantianamente a que “la sociedad mundial es el destino final de la humanidad”. En “Historia” analiza los intentos de deslegitimar nuestra Transición a la vez que advierte del peligro de que haya una versión oficial de la historia. En “Igualdad” cita a Brennan para explicar por qué la utopía socialista no es mejor que la capitalista, y escribe en el último párrafo: “Puede así concluirse que

la igualdad es imposible, pero una excesiva desigualdad es indeseable. Y ese es el consenso que, con diferencias de grado, rige en las democracias occidentales.” En “Medio ambiente” recuerda que el ecologismo nace en democracias, y no en otro lugar; y muestra el autor sensibilidad hacia el bienestar animal, una cuestión también repetida a lo largo de las páginas. En “Nación” enfrenta el ideal cívico con el ideal étnico, y desarrolla la idea de que “el modelo cívico de nación es contraintuitivo: lo habitual es que los ciudadanos experimenten pasiones nacionales y un fuerte apego hacia la cultura que sienten como propia. Y precisamente por eso es conveniente empujar en la dirección opuesta”. En “Populismo” expresa la paradoja de que esta corriente solo sea posible en democracias, por más que su fin sea sustituirlas. Las referencias a la actualidad abundan en todas las voces, pero sin perder de vista la idea central, y en cierto modo atemporal, que se quiere mostrar. Artículos como “Voto” o “Yihad” dan muchas claves también interesantes. Que este libro haya sido escrito originariamente en castellano es una esperanzadora muestra de, pese a todo, nuestra madurez democrática. —

ISMAEL GRASA (Huesca, 1968) es escritor. Es autor, entre otros libros, de *La hazaña secreta* (Turner, 2017).

LETRAS
LIBRES

La conversación
ahora continúa
en los móviles.





**Jesús
Silva-Herzog
Márquez**
**LA CASA DE LA
CONTRADICCIÓN**
Ciudad de México, Taurus,
2021, 208 pp.

La democracia pendiente

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

En el México reciente, sostiene Jesús Silva-Herzog Márquez en *La casa de la contradicción*, hemos desperdiciado en dos ocasiones la oportunidad de vivir en democracia. La primera ocurrió durante los llamados años de la transición; la segunda está ocurriendo ahora, bajo el gobierno de Andrés Manuel López Obrador, con claros visos de regresión autoritaria.

La democracia nos tomó desprevenidos. “Fue resultado de protestas, negociaciones, reformas y votos. Pero no nos preparamos para ella”, afirma Silva-Herzog. Prueba de ello es que, cuando por fin la transición alcanzó la presidencia, con la victoria de Vicente Fox, muchos de sus actores centrales festejaron el triunfo y se cruzaron de brazos. El ferrocarril democrático ya estaba sobre rieles, ¿para qué hacer más? No nos dimos cuenta entonces de que la democracia iba más allá del voto. De que la democracia consistía en una serie de valores y de hábitos que no estaban instalados entre nosotros. No se promovió en escuelas ni universidades ni entre la población la necesaria pedagogía democrática. Al llegar la democracia, bajamos los brazos. No nos habían dicho que la democracia implicaba una ciudadanía activa y exigente. No se señaló entonces que el proceso democrático no terminaba con la alternancia en la presidencia, todo lo contrario, que la democracia apenas arrancaba en ese momento. No sabíamos que la democracia se construye desde abajo, desde las juntas de vecinos, desde los municipios, y va escalando. Nadie advirtió en ese momento que la democracia exigía un esfuerzo permanente de participación, de crítica constante del poder.

Por medio del voto habíamos arribado al paraíso de la democracia. Y no, no fue así. Pagamos muy cara nuestra inacción. En 2018 apenas un tercio de los mexicanos confiaba en la democracia. ¿Qué fue lo que pasó? Olvidamos, dice el autor, que la democracia es sobre todo ansia de comunidad, anhelo de igualdad. Dejamos la democracia en manos de los políticos, y así nos ha ido. Satisfechos por el fin de la presidencia imperial, apenas nos percatamos de que el país continuaba su inercia perversa. No se erradicó la corrupción, ni el patrimonialismo. Los gobiernos de la transición no rompieron con el pasado. Temerosos del caos, se ampararon en una política de consensos, pese a que ello implicara pactar con el México que, pensamos, había quedado atrás. Se privilegió la continuación de la larga estabilidad priista, fundada en el clientelismo, en vez de romper y fundar un nuevo Estado democrático, con nuevos contrapesos. Los agentes de la transición se subordinaron a los grupos de interés. Se abdicó, sostiene Silva-Herzog, de la política. Dejamos abierta la puerta y por ella se coló la barbarie. Al debilitarse el centro, en los estados se instalaron nuevos cacicazgos. Aprovechando el vacío que había dejado el antiguo régimen, el crimen organizado empezó a apoderarse de las plazas. El Estado comenzó a erosionarse.

Setenta años de dominio hegemónico del PRI no habían pasado en vano. Octavio Paz y Daniel Cosío Villegas, hijos de la Revolución, creían que México necesitaba transitar a la democracia, pero concebían esta como una apertura gradual del PRI. No concebían el voto como instrumento central del cambio. Lo mismo ocurrió con Jesús Reyes Heróles. Enrique Krauze propuso en los años ochenta una democracia sin adjetivos. Pensaba que, a punta de elecciones, iríamos depurando nuestro anquilosado sistema político. La democracia era más un ensueño que una práctica constante y compleja. Por eso, al llegar finalmente la esperada transición, no construimos un régimen auténticamente democrático. Cambiaron muchas cosas pero se dejó intacta la corrupción. Los partidos, en vez de enzarzarse en una animada competencia por el poder, se coludieron para repartírselo. El Pacto por México, señala el autor, es lo que mejor simboliza esa colusión. Olvidaron que la esencia de la democracia es la confrontación de opuestos. La oposición dejó de oponerse. La ciudadanía se adormeció. Lentamente la ilusión por la democracia se fue corroyendo.

Silva-Herzog Márquez realiza en *La casa de la contradicción* un severo repaso de los gobernadores de la transición. Desperdiciaron el momento democrático,

imperó el continuismo, faltó autocrítica y prevaleció la corrupción. La violencia se fue apoderando del país. Fox rehuyó el conflicto. Sacrificó todo con tal de lograr un consenso con el PRI. El de Felipe Calderón fue, para el autor, un sexenio marcado por el signo de la muerte: comenzó una guerra que luego no supo cómo detener. Lo suyo no fue valor sino temeridad irresponsable: ausencia de estrategia y de cálculo. Para Silva-Herzog, Peña Nieto fue simplemente un maniquí corrupto. Un presidente que nunca pudo entender la indignación que provocaron sus actos. Un sexenio en el que la corrupción amplió sin freno su odiado reino.

La sociedad pasmada. Los intelectuales abandonaron su función crítica. Violencia y corrupción vaciaron de sentido a los gobiernos de la transición. Un balance devastador. “Temo —dice el autor— haber sido injusto en este recuento de los primeros años de la democracia. Haberme concentrado en los defectos; haberme ensañado con sus protagonistas y no haber recogido el aporte histórico de este tiempo.” Los gobiernos de la transición terminaron “con el poder hereditario”, limpiaron las elecciones, “el país dejó atrás el presidencialismo que entregaba todas las cuerdas del poder a una sola persona”. No fueron logros menores.

La severidad crítica respecto a esos años peca de excesiva, o por lo menos desbalanceada. Es cierto que en su sexenio Fox pactó con los sindicatos del PRI para mantener la continuidad y llevar la fiesta en paz. Pero Silva-Herzog, en el capítulo correspondiente, no señala que, por motivos semejantes, el gobierno de López Obrador ha pactado con la siniestra ala radical del sindicato de la educación. Critica y maldice al sexenio de Calderón por la derrama de sangre, pero no menciona que, siguiendo una política radicalmente opuesta, habiendo suspendido unilateralmente la guerra contra el crimen organizado, el país ha padecido una violencia aún mayor que la que vivimos durante el gobierno calderonista. Los “abrazos, no balazos” han resultado mucho más letales que la guerra abierta, sin que ello lleve a Silva-Herzog a tachar de sangriento y maldito al gobierno de López Obrador. Sin duda alguna el gobierno de Peña Nieto fue corrupto, pero ni en sus peores momentos (como cuando se reveló la existencia de “la casa blanca”) vimos, como ahora, videos de los hermanos del presidente recibiendo sobres con dinero sucio. Si el gobierno de Fox consintió a los poderes fácticos, el de Calderón fue un sexenio de sangre y el de Peña Nieto estaba podrido de corrupción hasta la médula, y estos factores fueron determinantes en la indignación que condujo a López Obrador al poder,

no se entiende por qué los poderes fácticos radicales, las masacres que no cesan y la evidente corrupción del presente sexenio no han movido a la sociedad a una indignación como la que mostró en aquellos años. ¿Por qué no se rechaza hoy con vehemencia lo que antes era intolerable?

Sostiene Silva-Herzog que durante el gobierno de Peña Nieto, ante el espectáculo de la corrupción y la impunidad, la sociedad experimentó una “revolución moral”. Descreo de esa explicación. Gran parte de esa indignación fue obra de los medios de comunicación en venganza por las reformas en telecomunicaciones que emprendió el gobierno de Peña Nieto y que mucho les afectaron. Con el escándalo de “la casa blanca” los antes sumisos actores y conductores de noticieros televisivos comenzaron, de forma inédita, a criticar en pantalla a Peña Nieto. Si esa “revolución moral” hubiera tenido lugar, ¿por qué la sociedad consiente la violencia y la corrupción rampantes en el gobierno actual? No es un dato menor que hoy las televisoras jueguen a favor del presidente, por miedo o conveniencia. Los poderes fácticos creyeron que, debido a ese apoyo, podrían controlar a López Obrador siendo presidente y de variadas formas pactaron con él. ¿De qué otro modo entender la persecución que la PGR de Peña Nieto emprendió contra el principal opositor de López Obrador, acusación que a la postre se revelaría como falsa? Todos los medios magnificaron esa persecución. Los daños a la campaña de Ricardo Anaya fueron insuperables. A pesar de que López Obrador había padecido un trato semejante por parte de Fox, en esa ocasión guardó un silencio cómplice. Solo así se entiende que, transcurrida la mitad del sexenio de López Obrador, no se haya tocado judicialmente a ningún miembro del círculo cercano a Peña Nieto, ni mucho menos al expresidente.

La segunda oportunidad perdida para la consolidación democrática corre a cargo del presidente populista López Obrador. Para Silva-Herzog, su elección fue como la “explosión de un volcán”. Los mexicanos, agraviados por los “hombres indignos” que encabezaron los gobiernos de la transición, se volcaron a votar a favor del “líder auténtico”, el político “más talentoso que ha conocido México en muchas décadas”. No fue una elección, fue un tsunami. Todo lo cual me parece una exageración. Ganó con el 53% de la votación, esto es, el 47% no votó por él. Seis puntos de diferencia es una buena distancia, no un tsunami. Votó por él apenas un tercio de los registrados en el padrón electoral. Un tercio de los votantes. ¿Explotó un volcán?

Para Silva-Herzog, México vive algo parecido a una revolución. Dedicar más de la mitad de su libro a demoler a los gobiernos de la transición para explicar cómo sus fallas nos condujeron de forma natural hacia el gobierno de López Obrador. Pero no comenta nada acerca del pacto Peña-López Obrador al que antes me he referido. Sobre todo omite un ángulo que me parece muy significativo en un especialista en las ciencias sociales. La victoria del populista López Obrador no solo se explica por los gobiernos anteriores y sus errores, se comprende mejor si uno deja de considerar a México como el ombligo del mundo. La elección de López Obrador se inscribe en una ola populista que recorrió al planeta luego de la crisis financiera de 2008. Muchos de los rasgos más idiosincráticos de López Obrador son compartidos por otros líderes populistas americanos y europeos. El desprecio a la ciencia y a los especialistas, el lodo que arroja cotidianamente a los medios y los intelectuales son rasgos que comparte con Donald Trump, con el cual se identificó profundamente hasta el grado de negarse a reconocer a Biden hasta el último momento. Comparte López Obrador gestos autoritarios y conservadores con el líder populista húngaro Viktor Orbán. Soslayar estos elementos, hacer creer al lector que López Obrador es un político original me parece uno de los fallos más significativos de este libro.

Otra laguna importante en *La casa de la contradicción* tiene que ver con Trump. Apenas un par de menciones al paso, a pesar de la amenaza —inédita— que hizo a México el presidente estadounidense de aumentar drásticamente los aranceles si no cedíamos a sus órdenes migratorias. El presidente nacionalista, ideológicamente contrario al “imperio norteamericano”, se plegó de una forma humillante. Ni una línea le merece a Silva-Herzog el gran viraje que dio López Obrador en este rubro. En campaña publicó un libro (*Oye, Trump*) en el que lo llamaba fascista y lo comparaba con Hitler. Ya en el poder fue vergonzosa la obsequiosidad del tabasqueño hacia Trump. En plena campaña electoral estadounidense, López Obrador viajó a Washington (él que siempre ha sido reacio a salir del país) para ofrecer su apoyo, con el pretexto de la firma del T-MEC. Silva-Herzog ensalza la política de López Obrador hacia los más necesitados, pero omite mencionar que con López Obrador ha aumentado la pobreza y más aún la pobreza extrema. La política más exitosa de López Obrador no ha sido la asistencialista (en realidad reparte menos dinero en programas sociales que los gobiernos anteriores) sino justo la firma del

T-MEC, tratado neoliberal por excelencia, sin el cual su gobierno habría naufragado muy pronto.

Para Silva-Herzog lo que define a López Obrador es su arrogancia, su ignorancia, su megalomanía. Elogia su política salarial pero no menciona que esos aumentos tuvieron su origen en las propuestas de las cámaras empresariales. De acuerdo con Silva-Herzog, López Obrador es un antiliberal, enamorado de sí mismo. Más que un líder es un pastor. Su populismo se basa en “el púlpito más la chequera”. Como otros líderes populistas del mundo, descrea de las leyes y no respeta la Constitución. Lo anima una pulsión destructiva. No entiende el movimiento feminista. Su política militarista le parece al autor muy riesgosa, una auténtica regresión autoritaria. Integró un gabinete sumiso hasta la abyección. No comenta Silva-Herzog el modo en que ha convertido sus conferencias matutinas en un ejercicio de linchamiento público contra intelectuales, científicos, medios de comunicación y empresarios. Acierta cuando lo califica, siguiendo a Bartra, de “nulidad intelectual”.

La casa de la contradicción reúne en un volumen, debidamente editados, los artículos que Jesús Silva-Herzog ha venido publicando en periódicos y revistas en los últimos años. Sin duda alguna es uno de los principales editorialistas de nuestro país. Una prosa elegante, clara y un estilo conceptuoso, una cultura superior al promedio, lo han colocado en un lugar destacado de la crítica política de nuestro presente convulso.

A mi juicio *La casa de la contradicción* habría ganado mucho si el autor no solo hubiera reunido sus artículos editados sino que hubiera hecho un esfuerzo por añadir páginas nuevas para llenar sus lagunas. Intentando mostrarse equilibrado, crítica severa y por momentos injustamente a los contrapesos del actual gobierno. El principal yerro de esta compilación de artículos es que deja fuera al actor central de la política mexicana: la sociedad. *La casa de la contradicción* es un teatro en el que bailan los políticos, pero la sociedad está ausente. La sociedad es la que quita y pone a los presidentes. Ortega y Gasset fue un gran crítico de la sociedad española de su tiempo, por ejemplo. Aquí la sociedad es apenas una sombra que acompaña de lejos a los actores políticos. Este libro, que de muchas formas busca entender la democracia en México, se concretó en el *kratos* y dejó fuera al *demos*. Una tarea pendiente para un futuro volumen. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.